

La Filología

Rodolfo Oroz

Entre las diversas disciplinas científicas que figuran en los planes de estudio de nuestra Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación se halla también la *filología* y, además, junto a ella, la *lingüística*.

Pero como muchas veces no se distinguen estos dos términos en el uso común, empleándose el uno por el otro sin mayores escrúpulos, y esto no sólo entre personas no especializadas, sino también entre las que se dedican a ilustrar al gran público —periodistas, locutores, etc.—, nos parece conveniente tratar de precisar algo de lo que los especialistas entienden actualmente por estos conceptos y, en particular, cuál es la tarea de la filología.

En muchas ocasiones hemos observado que también los jóvenes estudiantes que entran a la universidad con el fin de seguir la carrera de pedagogía en algún idioma, llaman, lo mismo que la gran masa del público, indistintamente, o lingüistas o filólogos a los que se consagran a la investigación del origen de las palabras o el conocimiento de las reglas gramaticales.

Y esto no nos debe extrañar, pues en este punto nuestro país no es el único que se distingue por semejante uso. Encontramos idéntica confusión todavía en el primer cuarto del presente siglo en España, donde un Julio Cejador censuraba acremente a los que aplicaban el nombre de estas dos disciplinas de ordinario al estudio práctico de las lenguas, “lo cual ni es Filología, ni es Lingüística”, según dijo textualmente, en una oportunidad (p.) y Américo Castro se vio obligado a referirse al mismo problema todavía más tarde, ya que la labor filológica, principalmente la crítica filológica de textos literarios, era mirada casi siempre desde un punto de vista muy simple y con cierto desprecio como algo pedantesco. No existía una idea clara acerca del quehacer filológico, ni un criterio uniforme para juzgarlo, por esos años, en España y otros países europeos, menos podía exigirse un concepto más claro en Hispa-

noamérica, que se nutría, en esta materia, casi exclusivamente de lo que le brindaba la Madre Patria.

En el libro aludido más arriba, el eminente hombre de letras español, A. Castro, confiesa paladinamente: "Entre nosotros, es todavía costumbre poner en enojosa promiscuidad al filólogo, al crítico literario, al dómine gramático, al profesor de idiomas y al erudito tocado del polvo, llamado venerable, de los archivos" (p. 172).

Este era y sigue siendo más o menos el estado de opinión del gran público en nuestro país, a pesar de que se oye con frecuencia la voz filología —escasamente, lingüística—, sin que esté absolutamente claro lo que se quiere significar con estos términos.

¿Qué se entiende, entonces, por filología?

Este concepto ha provocado entre los estudiosos una animada y larguísima polémica, en la cual se han manifestado opiniones muy divergentes. No es éste el lugar, ni el momento oportuno, para exponer todos los pareceres del caso, por lo que nos limitaremos a señalar solo unos pocos, entre los cuales hay algunos que tienen hoy únicamente valor histórico y otros que poseen vigencia actual y mayor aceptación. Para tal objeto es, sin embargo, necesario retroceder previamente, por breves instantes, a los comienzos de esta ciencia.

La voz filología, del griego *philología* (φιλολογία) vale etimológicamente, 'amor, afición al lenguaje'. El Sr. K. M. Abbott nos informa en su artículo de la ENCICLOPEDIA DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA, de Pauly-Wissowa-Kroll, s.v. φιλόλογος (philólogos), que, en un principio, la palabra *filólogo* tenía el significado de *conversador*, *locuaz* (*redselig*) y se oponían los gáruolos atenienses (philólogoi) a los lacónicos lacedemonios (braquilogoí) (*wortkarg*), y, luego, designaba a la persona amante de la conversación, aficionada a discurrir e indagar con erudición. Y como el filólogo era a la vez, en general, *philómusos*, amigo de las musas, estudioso de las letras, tomó, además, el sentido de 'amante de la lectura, de las letras de la literatura', de modo que la filología llegó a incluir en su dominio la lectura, la retórica, la estilística y la historia. Según C. Suetonio, el sabio matemático, astrónomo, geógrafo y escritor griego Eratóstenes (siglo III-II a.J.C.), quien como literato escribió doce libros sobre la comedia antigua y otros ensayos, fue el primero en llamarse "filólogo", en el sentido de erudito.

Los sabios de Alejandría ampliaron el concepto de filología, identificándolo con el griego *polymathía* (πολυμαθία) 'gran erudición, sabiduría', y por mucho tiempo el término de filología siguió empleándose como 'discusión erudita', abarcando incluso las ciencias naturales (cp. Vitruvio), la filosofía (cp. Cicerón) y la medicina (cp. Arquibio), a pesar de la oposición de los estoicos a la cultura enciclopédica de los alejandrinos.

Al revisar las principales definiciones que se han dado del concepto de filología, podemos ver que una de las de mayor aceptación ha sido y sigue siendo todavía la del notable romanista alemán Gustavo Körting, quien opinaba que el campo de trabajo propio de la filología era el estudio de la lengua y de la literatura, concentrando su primordial interés en el contenido espiritual de los monumentos literarios, que son los que reflejan la verdadera índole de un pueblo.

Por eso, la actividad filológica debe dirigirse con todos los medios que estén a su alcance, a la interpretación y a la crítica de textos.

Tal tarea exige para el estudio y análisis provechosos de la tradición literaria, previamente el de la lengua. Pero tanto la investigación lingüística como la literaria sirven al filólogo sólo como instrumento para penetrar en el alma del pueblo. En cambio, para el lingüista, el lenguaje es el objeto propio y especial de estudio.

De este modo la filología ha de prestar su atención a esos dos aspectos, a la parte lingüística y a la parte literaria. De ahí también la definición que trae el *DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA*, y que reza así: "Estudio científico de una lengua y de las manifestaciones del espíritu a que ella sirve de medio de expresión. 2. Particularmente, estudio científico de la parte gramatical y lexicográfica de una lengua". (p. 619).

Esta fórmula condensa al máximo los puntos esenciales de las tareas filológicas, sin entrar en mayores detalles. Una clara y precisa explicación del término nos brinda el conocido académico español D. Fernando Lázaro Carreter, quien dice (cito en forma abreviada): Filología: 1. Antiguamente: Ciencia que se ocupaba de fijar, restaurar y comentar los textos para extraer de ellos las reglas del uso lingüístico. 2. Modernamente: Ciencia que estudia el lenguaje, la literatura y todos los fenómenos de cultura de un pueblo o un grupo de pueblos por medio de textos escritos (pp. 146-147).

Y, en verdad, en los comienzos, los filólogos alejandrinos se dedicaron, en primer lugar, a la tarea de establecer textos críticos de los escritores clásicos, tal como lo hicieron después los griegos con la obra de Homero. Pero ni el estudio de la lengua, ni el de la literatura fue entonces materia de investigación científica y metódica; esta última fue labor realizada sólo a partir del siglo XIX.

Una vez consolidado el estudio científico de la lengua con el descubrimiento del sánscrito, así como con los aportes de Franz Bopp, de Augusto Schleicher, Guillermo von Humboldt y otros, la investigación del lenguaje se desprendió de la filología, se independizó totalmente, naciendo así la nueva ciencia denominada lingüística. Tal escisión ha sido lamentada profundamente por muchos filólogos notables, para quie-

nes el aspecto lingüístico y el literario de la filología es un todo indivisible, algo indisoluble, ya que toda literatura está ligada a una lengua determinada y cada lengua representa el carácter de la literatura respectiva, vale decir, el espíritu del pueblo que la usa como instrumento de expresión.

Por eso, gran parte de los filólogos también de nuestros días —y pensamos, por supuesto, en algunos de los grandes maestros— tales como D. Ramón Menéndez Pidal y sus reputados discípulos: Américo Castro, Federico de Onís, Amado Alonso, Dámaso Alonso, etc., han cultivado o siguen cultivando tanto el lenguaje como la literatura y todos los fenómenos culturales de un pueblo —en este caso del español— por medio del análisis de textos escritos, consagrándose a la filología románica, en el campo especial de la española, exclusiva o preferentemente.

Si partimos de la convicción de que el objeto propio de la filología es el estudio de los textos, vemos que su tarea es extremadamente compleja y difícil.

En primer lugar, el filólogo tiene que considerar la lengua de la época del texto, y no sólo estudiar la escritura, tratándose de un monumento literario de siglos pasados, conocer entonces la paleografía, examinar la ortografía, interpretarla para sacar conclusiones relativas a la verdadera pronunciación, sobre todo por medio de las faltas de ortografía, sino que debe examinar, además, la fonética, la morfología y la estructura de la frase, en resumen, la gramática entera del texto y luego el vocabulario, que es la parte que nos permite reconstruir, por lo menos parcialmente, la visión del mundo del autor y de su tiempo.

Con la aplicación de este método, la filología podrá lograr una mejor comprensión así como la fijación de un texto (obra literaria, documento).

Los métodos de la investigación literaria se fundan precisamente en los filológicos, los que exigen ciertos requisitos que pueden ser aprendidos —la gramática, la lexicografía, la bibliografía, etc.—; pero hay, por otra parte, algunas condiciones previas muy importantes que no pueden ser adquiridas de esta manera, porque no pueden enseñarse, como ser la propensión natural, innata a ensanchar cada vez más el propio horizonte cultural, aprovechable para los fines del trabajo; luego, contar con una notable experiencia capaz de nutrir la imaginación y, además, el talento de descubrir con certeza los puntos esenciales de un asunto, según lo recaló el eminente romanista F. Schalk, como se aprecia en el estudio que le dedica E. Loos.

Por lo que a Chile se refiere, en esta clase de trabajos científicos, vale decir, la edición crítica de textos antiguos de nuestra propia literatura, lamentablemente, no podemos exhibir todavía muchas obras realizadas por especialistas nacionales.

Como no se conocían bien las prácticas de la filología tradicional europea, los aficionados a este género de estudios, en nuestro país, consagraban antes sus afanes casi exclusivamente a ciertos aspectos de la segunda acepción académica del vocablo 'filología', o sea, en general, a escarceos lexicográficos y gramaticales. En varios de ellos se advierte, sobre todo en los primeros ensayos, una falta absoluta de método científico, y su único valor consiste en el material acumulado. Muchos de estos trabajos perseguían sólo propósitos de purismo y corrección de lenguaje (GORMAZ).

Chile adquirió, sin embargo, notorio prestigio en este campo, gracias a la labor de algunos extranjeros radicados en nuestro país. Obra filológica de resonancia internacional efectuó, desde luego, el sabio venezolano Andrés Bello, quien se formó en este orden de estudios, en Inglaterra. La edición crítica del POEMA DEL CID, preparada por él (1865), constituye un indiscutible título de honor para este gran hombre de letras, símbolo de sabiduría de Hispanoamérica.

Luego, en el ámbito propiamente lingüístico de la filología, brillaron los trabajos de los ilustres profesores alemanes, D. Federico Hanssen y D. Rodolfo Lenz. El DICCIONARIO ETIMOLÓGICO DE LOS ELEMENTOS INDÍGENAS EN EL CASTELLANO DE CHILE (1904-1910), de este último, es todavía hoy un importante instrumento de trabajo para todo filólogo que realice investigaciones lexicográficas sobre lenguas autóctonas americanas.

Creemos que una tradición tan brillante que colocó a Chile, a fines del siglo pasado y principios del presente, en el primer lugar de los países hispanoamericanos en este campo, no debe interrumpirse, ni deben relegarse las aspiraciones de los investigadores de filología al último sitio de las prioridades.

Como sucesores de insignes maestros en las cátedras de esta especialidad, hemos tratado de seguir por la senda que ellos nos señalaron y de demostrar, además, que los esfuerzos desplegados en este aspecto de nuestra cultura han logrado actualizar, en cierta medida, los métodos y la técnica de estos estudios, en fin, que la filología no ha detenido su marcha en Chile.

Estimamos de interés referirnos aquí rápidamente a algunas tareas, cuya realización nos parece de mayor urgencia, existiendo en nuestros centros universitarios condiciones adecuadas para ejecutarlas con éxito.

Por de pronto, en un futuro programa de trabajo habrá que tener presente que no cualquier investigación lingüística o filológica es realizable en nuestro país, dada cierta deficiencia en cuanto a fuentes de información, con respecto a problemas peninsulares. Pero, en el caso de la filología chilena, restringida a la documentación literaria nacional, es perfectamente posible trabajar con óptimos resultados, en atención a que

disponemos de investigadores experimentados que garantizan una labor eficiente, sobre todo en la edición crítica de obras ya clásicas de nuestra literatura.

Una de las tareas principales, indispensable para acometer cualquiera empresa de esta naturaleza, consiste en poner al día nuestras bibliografías filológicas. La de G. Rojas y la de nosotros (OROZ) sólo llegan hasta 1940 y la de Leopoldo Sáez se limita a publicaciones aparecidas en revistas chilenas a las que se suma la de Ambrosio Rabanales, que alcanza hasta el año 1963.

Las ediciones críticas de obras de nuestros autores de la época colonial tendrían que comenzar con el primer poeta nacido en suelo chileno, Pedro de Oña, cuyo poema épico *ARAUCO DOMADO* (1596) ha sido reeditado varias veces, mereciendo, no obstante, una nueva edición por manos de un avezado filólogo que podría utilizar con beneficio el estudio de D. Salvador Dinamarca, quien, a su vez, aprovechó ventajosamente la edición nuestra de *EL VASAURO*.

De igual manera nos parece indispensable reeditar el *IGNACIO DE CANTABRIA* del mismo autor, acompañando la edición de un concienzudo examen del estilo barroco de esa obra.

También valdría la pena publicar de nuevo las principales obras chilenas del siglo XVII, casi todas difícilmente accesibles para el lector común, agregando, por supuesto, estudios críticos y anotaciones pertinentes; incluso la edición más reciente de la *HISTÓRICA RELACIÓN DEL REINO DE CHILE*. Santiago, 1969, muestra un sensible vacío respecto de las cualidades del P. Alonso de Ovalle como escritor, deficiencia que trató de remediar últimamente el destacado historiador Walter Hanisch S. I.

No menor atención merece la obra *CAUTIVERIO FELIZ Y RAZÓN DE LAS GUERRAS DILATADAS DE CHILE* de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, quien, como poeta, revela el influjo del gran vate cordobés Luis de Góngora y Argote; pero nadie ha estudiado bien esta huella hasta ahora.

Gran provecho, no sólo para el conocimiento de la historia nacional, sino también de la lengua y su desarrollo en nuestro país, podría esperarse, además, de ediciones crítico-filológicas de obras compuestas en Chile colonial por varios españoles notables, cuyos manuscritos se guardan todavía celosamente en los archivos de nuestra Biblioteca Nacional.

Huelga decir que faltan en absoluto ediciones críticas de escritores modernos. No las hay ni siquiera de los dos poetas galardonados con el Premio Nobel, de modo que la filología chilena tiene todavía un amplio campo de trabajo por delante.

ABSTRACT

Professor Oroz notes the need to differentiate between Philology and Linguistics. He quotes diverse opinions on philological works, specifying that it should deal with the critical interpretation of texts, which demands a previous study of the language, and particularly of certain disciplines which are proper to it, so as to reconstruct the vision of the author's world and times; from there the fact that the methods of literary investigation are based on philological methods. He acknowledges the prestige that Chile has in this field of studies, mainly due to foreigners who have settled in Chile, although we cannot as yet show much in the matter of editing critical analyses of the works of writers ancient and modern, a task which is urgent, beginning by the updating of philological bibliographies.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTRO, Américo, *Lengua, Enseñanza y Literatura (Esbozos)*. Imprenta de Victoriano Suárez, Madrid, 1924.
- CEJADOR Y FRAUCA, Julio, *Cabos Suelos. Literatura y Lingüística*. Perlado, Pérez y Cía., Madrid, 1907.
- DINAMARCA, Salvador, *Estudio del Arauco Domado de Pedro de Oña*. Hispanic Institute in the United States, New York, 1952.
- GORMAZ, Valentín, *Correcciones Lexicográficas*. Imprenta del Comercio, Valparaíso, 1860.
- HANISCH, Walter, *El Historiador Alonso de Ovalle*. Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Católica, "Andrés Bello", Editorial Arte, Caracas, 1976.
- LÁZARO CARRETER, Fernando, *Diccionario de Términos Filológicos*. Editorial Gredos, Madrid, 1953.
- LENZ, Rodolfo, *Diccionario Etimológico de las Voces Chilenas Derivadas de Lenguas Indígenas Americanas*. Imp. Cervantes, Santiago, 1904-1910.
- LOOS, Erich, *Fritz Schalk als Lehrer und Forscher*. Romanische Forschungen [Frankfurt am Main], T. 93, cuad. 1-2, 1981.
- NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN, Francisco, *Cautiverio Feliz y Razón de las Guerras Dilatadas de Chile. Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional*, Imp. del Ferrocarril, Santiago, 1863.
- OÑA, Pedro de, *El Vasauero*. Imp. Europea, Valparaíso, 1849.
- OROZ, Rodolfo, *Bibliografía Filológica Chilena*. Boletín de la Academia Chilena de la Lengua [Santiago], T. VII, cuad. 25-26, 1940 (pp. 61-164).
- OROZ, Rodolfo, *Edición Crítica de la Obra El Vasauero de Pedro de Oña*. Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1941.
- OVALLE, Alonso de, *Histórica Relación del Reino de Chile*. Instituto de Literatura Chilena, Ed. Universitaria, Santiago, 1969.
- PAULY - WISSOWA - KROLL, *Realenzyklopaedie der Klassischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart, 1938, T. XIX, cols. 2510-2513.
- RABANALES, Ambrosio, *Pasado y Presente de las Investigaciones Lingüísticas y Filológicas en Chile*. Boletín de Filología de la Universidad de Chile [Santiago], T. XVI, 1964. (pp. 29-48).

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*. Ed. Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1970.
- ROJAS CARRASCO, Guillermo, *Filología Chilena, Guía Bibliográfica y Crítica*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1940.
- SÁEZ, Leopoldo, *La Lingüística en Chile . . .* Tomo XXV-XXVI, 1974-1975, pp. 151-287; Tomo XXVII, 1976, pp. 163-280. *Artículos Sobre Temas Lingüísticos Publicados en Revistas Chilenas, 1843-1972*. Boletín de Filología de la Universidad de Chile [Santiago].

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, T. XXIII, Ed. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1979 (pp. 1447-1456).
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente, *Lingüística General y Española*. Instituto Miguel de Cervantes, Madrid, 1951.
- KROLL, Wilhelm, *Historia de la Filología Clásica*. Ed. Labor, Barcelona, 1945.
- MOLDENHAUER, Gerardo, *Filología y Lingüística*. Universidad Nacional del Litoral, Rosario de Santa Fe, 1952.